

gracia, sino otro en el que *el enquiciamento* fuese algo que excluyese el éxito falso, el triunfo aparental. Aleixandre, encontrándose en sus encuentros, y pedimos perdón por el aparente juego de palabras, celebra a *encontrados*. El poeta, se trate o no de «poetas con versos», retrata a criaturas que en su vida comprendieron que lo que importa en este mundo es residir enquiadamente en la vida, y que este enquiciamento no nos produzca ni desasosiego ni confundidora inquietud. «Estrellas hay siempre que quieren ser pensadas», diríamos con el poeta. Pero ello, cuando hacerlo, no sea justificar con intranquilidad preocupante lo que sólo tiene que dar cabida a la honda preocupación. El problema es sentirse como la flor y esparcir vida, parafraseando al autor de *Presencias*. Y para ello, encontrarse como criatura que apura el duelo profundo al que en definitiva se debe, y, al lado, solidario en todo momento, del duelo de los demás. Acostumbrados tantas veces a llamar «encuentro» a la *huida*, al vuelo todo lo digno que se quiera, convendría aprender en el sevillano-malagueño lo que hay en su actitud de encuentro distinto, de encuentro entre sus semejantes, de entendimiento entrañable. Porque una cosa es el retrato que justifica lo que actualmente llamamos resultado realizado con arreglo a una «óptica», y otra ese *renacer en vida ajena* a que Vicente Aleixandre nos enseña en sus *Encuentros* solidarios, donde lo que podríamos considerar tierra poética no sólo se considera rica por la soledad que conlleva, sino por la cantidad de seres humanos que implica, que quiere, que comprende, que justifica.

PRUEBA

Sus *Encuentros* tan poco literarios podrían subtitularse por todo lo dicho «Encuentros amistosos», ya que el poeta los quiso como *pruebas* de su proceso, como legitimación humana de lo alcanzado por quien tanto consiguió líricamente. Cuando una persona quiere hacer un retrato de alguien —y no de encargo, naturalmente—, es porque ese alguien le importa como testigo de su desarrollo personal, de su tejer y destejer humano. Siempre que un creador busca en un semejante su manera de residir en el mundo, es quizá para corroborar en alguna medida los valores de su personal residencia, lo que consiguió como peregrino: un espejo calificador. En contra de los retratistas que espejean superficialmente la piel de una criatura determinada, están los testimonios descifradores de quienes, elegidos por un alma creadora para ser retratados, cuentan de la misma particularidades muchas veces desconocidas. El retratado, cuando se siente profundamente comprendido por el retratista, subraya de él —o si no la función de retra-

tar no se realiza— valores y detalles que complementan el deseado desciframiento. Aquí precisamente está o no está el gran valor de un retrato: en que retrate indirectamente al autor del mismo. Las marionetas a que nos referimos en líneas iniciales, orgullosas del supuesto pedestal sobre el que se elevan, no tienen categoría para, al mismo tiempo que confiesen su manera de ser peculiarísima, hacernos entrever la de su dueño. Una persona elevada a personaje por casualidad no tiene tiempo como si dijéramos de otra cosa que de asumir trago tan fenomenal... Ahora bien, los encontrados, como ocurre en el caso de *Los encuentros* aleixandrinos, se sienten tales en el conocimiento de quien los perennizó literariamente. El encontrado no lo es, si no se encuentra a su vera el estilo, la gracia, la manera de la persona que lo encontró. El encuentro propiamente dicho es precisamente el resultado de una criatura que descifra su contenido siempre enigmático, en el talante personal de otra. ¡Probándolo...! Acreditándolo. Puesto que, no es posible decir: «así soy yo, gracias a Vicente Aleixandre», sin contar todo lo mucho que éste puso en el desciframiento, en el encuentro de alguien que iba a probar su madurez. Llegamos aquí, cuando entendemos esta parte de la obra del poeta como una consecuencia de su madurez sobre todas las cosas, a algo que nos interesa señalar antes que nada: el maduro equilibrio de quien sale al encuentro de los seres humanos, como siempre que ante un motivo u otro inicia su canto. Y las propiedades joviales, camaraderiles, gozosas, candeales, que la madurez del retratista pone de manifiesto cuando, a la busca de un ser cordialmente estimado, definen sin pretenderlo matices y propiedades de su personalísima manera de ser. Los trazos del escritor no son rotundos ni expresionistas, sino estremecidos en principio y como cansados cuando alcanzan el límite de lo definitorio. En *Los encuentros* de Aleixandre, que no hay ambigüedad ni apuntes corroídos por una levedad siempre peligrosa, todo está, sin embargo, porque *está siendo*, como si quien ha pretendido llevarnos a una familiaridad cordial sobre todo fuese enemigo de la rotundidez. Lo que tiene de *prueba*, es lo que ellos en sí tienen de *propósito*... A mí me parece que sus encuentros deben valorarse más como *guaches* que como dibujos, aunque los *guaches* en este caso necesiten para cumplir su función definitoria de un esqueleto inevitable para producirse y trascender. Sería inútil elegir uno cualquiera y analizar los tonos que le sirven de fondo, de fondo, claro está, a la firme palabra dibujada que el encuentro aleixandrino en primera instancia supone. Porque el valor —y el encanto— de *Los encuentros* que nos ocupan, está precisamente en el perfil contrastado por tonalidades sensibilizadas de unos, y en el triunfo de esos tonos sobre el entramado dibujístico que en otros

impone su resonancia. En los labios del poeta una luz reveladora, convirtiéndose en amistad, perfila en colaboración con cierto elegante destartalo los seres por él queridos. Hasta que encontrándolos y encontrándose, consigue que las desolaciones del retratista y los retratados se conforten mutuamente. La madurez, glorificación viva de la experiencia, descifra al amigo y se siente comprendida por la criatura retratada. Como si... *Nadie me enseñó nada. Sólo la luz y el cielo, / o el agua y esos montes, o esas breñas o, abajo, / el arenal...* Aunque lo importante de quien a pesar de lo dicho busca encuentros con los seres humanos que más aprecia, es que no pretende contagiarlos con aquello que a él le desola, sino con tantos y tantos valores como han perfilado a lo largo de su obra el camino de su quimera. Este camino, tan distinto a nuestro modo de ver del frecuentado por otro poeta, Luis Cernuda, ni conforta por lo andado ni desmoraliza por lo sufrido. Se nos brinda en la manera que Vicente Aleixandre tiene de comprender los siempre quiméricos caminos de los seres por él elegidos, como algo acreditativo y nada más. El retratista, o el escuchador, el que cuando se decide al «encuentro» no busca alimentarse con nada de lo que fina, profundamente, descubre, rinde el homenaje correspondiente a quienes a pesar de sus desolaciones, de tristezas infinitas, de duelos inmensos, residen en la vida, siguen adelante. Como si lo importante de quienes siempre están solos, salvo en su pretendido y malogrado afán quimérico, fuera este diario afán cognoscente —al que nos acostumbró en su poesía Vicente Aleixandre—, estercolado como si dijéramos por la tristeza que inevitablemente producen las quimeras nunca logradas. En *Los encuentros* aleixandrinos, en última instancia, no hay nunca nada de triunfalismos, de felicidad, de júbilo excesivo. Sino enfrentamientos varios de la condición humana con la permanente adversidad que de una manera u otra la destroza.

DIALOGO

¿De qué habla Vicente Aleixandre con sus encontrados...? *Habla*, y eso es lo importante, cuando se sabe que la mayoría de los retratistas, sobre todo los artísticos, *callan*. ¿Cómo podrían definirse en última instancia *Los encuentros* aleixandrinos, llegados a este otro punto...? Como resultados de diálogos habidos por el poeta y sus amigos, mantenidos alrededor de problemas tan esenciales como preocupantes. El problema fundamental, claro está y él lo dijo, es ser un *eco entero*. Lo que Aleixandre intenta, evitando el riesgo del cartompedrismo lamentable, es subrayar de una manera total, plena, la naturaleza que trata de comprender. Sin embargo, el poeta, consciente de

que la penetración en muchos casos parcializa, habla, charla con sus modelos, y no por aquello de imitar a los psiquiatras, sino para que el trazo definitorio no pierda nunca su categoría de elemento confidencial. Se diría que en sus *Encuentros* importa mucho más el *perderse* inicial que la resumidora síntesis. Para el retratista lo que vale es disponer, como en su tarea ocurre, de legítimas experiencias, de derroche humano, de entrega viva, para luego permitirse el lujo en la síntesis unitaria de *elegir* aquello que a la hora de la selección arriesgada diga más de la criatura que una serie de múltiples sumandos. «Podría haber elegido esto o aquello», pensamos ante el encuentro aleixandrino, cuando somos conocedores de la persona efigiada. Pero es que en la elección precisamente —desde fijarse en una nariz, a dar importancia al garbo, al aire, o al defecto— es donde hay que buscar lo palpitante de su personalísima manera de resumir. El escuchador no es sensible a lo más evidente muchas veces, sino a lo más recatado. Aunque luego, en posesión de valores que quizá un retratista más superficial no descubriera, dispone el encuentro pretendido con una sutileza, con una caladura, con una sensibilidad, en suma, sencillamente magistrales. El diálogo entre los dos elementos que determinan el encuentro, tiene valor y tibieza de coloquio. Puesto que, quien ha dado cuerpo a lo largo de una obra copiosa al menos empastado de los lirismos, no hubiera podido en esta otra parte de la misma, confundir diálogo entrañable con altisonante conservación.

Por otra parte, lo que hay en *Los encuentros* de sorpresa en el enfoque y de amplitud en la elección de valores, se debe, quizá, a la riqueza que lo surrealista siempre determinó en la tarea de Alexandre. Una vez que nos instalamos en el mundo de *Los encuentros*, observamos que dentro de muchos de ellos hay contrastes, corrientes, direcciones que al encontrarse enriquecen de manera notable, y sin salirse del *tempo* señalado, la tarea del escritor. Obsérvese que no nos referimos a una riqueza metafórica, a ciertos atrevimientos prosódicos, etcétera. Sino a un curioso desenfado, a la amplitud con que el retratista avanza en el conocimiento de sus retratados. Lo que los superficiales llaman *parecido*, en este caso debe considerarse *personal misteriosidad* bien calibrada. Lo que un escritor sin la afluencia surrealista, siempre evidente en el proceso aleixandrino, no hubiera conseguido, aquí se logra en función del desembarazo, de la capacidad de riesgo, de la alegría —¿y por qué no?— con que el escuchador registra lo que valora de la manera más personal. Si no fuera por el temor a perdernos, diríamos que en *Los encuentros* de que tratamos hay, al lado de un entendimiento frontal, despreocupado, gravemente acometedor, como una *metodología* surrealista, cuando conviene. Que sin